

# EL AMOR AL DINERO: "IDOLATRIA" Y "RAIZ DE TODOS LOS MALES"

Lecciones de patrística para problemas de hoy

## I. EL APEGO A LAS RIQUEZAS

1. San Lucas cuenta que, mientras Jesús enseñaba el buen uso de las riquezas (*Lc 16, 1-13*), "los fariseos, que eran amigos del dinero —*"philárgyroi"*— se burlaban de él" (*Lc 16, 14*). La enseñanza del Nuevo Testamento sobre la riqueza es vasta. No es maniquea, como lo intentó, hipócritamente, Judas, quien se hizo el escandalizado por el desperdicio del perfume que se podría haber vendido en trescientos denarios (*Jn 12, 1-7*). Pero tampoco admite dulcificaciones. La riqueza es peligrosa y hay que administrarla bien, pues se corre el riesgo de que su poseedor no entre en el Reino de los cielos. Nadie podrá jamás acallar la advertencia evangélica: "¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!" (*Lc 18, 24; Mt 19, 23; Mc 10, 23*).

Cuando el apóstol Pablo describe al hombre inicuo de los últimos tiempos, el segundo trazo con que lo pinta es el amor al dinero: "En los últimos días sobrevendrán momentos difíciles. Los hombres serán avaros, egoístas..." (*2 Tim 3, 1-2; Rm 1, 29*). En este mundo no hay más remedio que convivir con hombres avaros, codiciosos (*"pleonéktes"*), pero es absurdo que un cristiano lo sea (*1 Cor 5, 10-11*). La codicia no debería mencionársela entre los creyentes (*Ef 5,3; 1 Tes 2,5*), pues es una idolatría (*Col 3,5*). El codicioso es un idólatra, y, por lo mismo no puede aspirar a entrar en el Reino de Cristo y de Dios (*Ef 5, 5; 1 Cor 6, 10*). El amor al dinero es "la raíz de todos los males y, algunos, al dejarse llevar por él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores" (*1 Tim 6,10; 2 Ped 2, 3.14*).

2. La enseñanza de Jesús, de guardarse de toda avaricia (*Lc 12, 15*), que tenía su complemento en la enseñanza sobre la limosna, el préstamo y el desprendimiento voluntario, fue central en la predicación de la Iglesia de la época post-apostólica.

El camino de la vida, según la *Didajé*, incluye estos consejos: "A todo el que te pida, dale y no se lo reclames" —citando a *Lc* 6, 30— pues el Padre quiere que a todos se dé de sus propios dones" (1,5). "No serás avariento (*pleonéktes*), ni ladrón..." (2,6). "Hijo mío, no seas mentiroso, pues la mentira conduce al robo; ni avaro (*philárgyros*), ni vanaglorioso, pues de todas estas cosas se engendran robos" (3, 5). "No seas de los que extienden la mano para recibir y la encogen para dar. Si adquieres algo por el trabajo de tus manos, da de ello como rescate de tus pecados. No vacilarás en dar ni murmurarás mientras das, pues has de saber quién es el recompensador de tu limosna. No rechazarás al necesitado, sino que cumularás en todo con tu hermano. Y de nada dirás que es tuyo propio. Pues si ustedes se comunican en los bienes inmortales, cuánto más en los mortales" (4, 5-8).

Por el camino de la muerte, que como es de suponer, incluye la codicia (*pleonexía*) (5,1), transitan "los que no se compadecen del pobre, no sufren por el atribulado..., los que rechazan al necesitado, oprimen al atribulado, abogados de los ricos, jueces injustos de los pobres" (5,2).

Muy próximo de la *Didajé*, la *Carta de Bernabé* repite párrafos semejantes contra el amor al dinero como camino de muerte (19, 6) y la necesidad de comunión en los bienes materiales (19, 8-9).

3. En la mejor tradición evangélica, *San Ignacio de Antioquía*, sabe discernir un cristiano de uno que no lo es, por el empleo de sus bienes. "Nada se les da por la caridad; no les importan la viuda y el huérfano, no se les da nada por el atribulado, ni se preocupan de quién está encadenado o suelto, hambriento o sediento" (*Esm.* 6, 2).

4. Para *San Policarpo* cumplir la voluntad de Dios y caminar en su amor consiste en "apartarse de toda injusticia, defraudación (*pleonexía*), y amor al dinero (*philargyría*).." (*Filp* 2,2). Y remendando a San Pablo (*1 Tim* 6,7), afirma: "Principio de todos los males es el amor al dinero" (4, 1). La triste experiencia del Presbítero Valente se lo había demostrado fehacientemente (11, 1-2).

5. *Hermas* pinta al desnudo a muchos de los cristianos cuya fe no les llegaba al bolsillo: "Estos son los que tienen fe. Pero juntamente poseen riqueza de este siglo. Cuando sobreviene una tribulación, por amor a sus riquezas y negocios, no tienen inconveniente de renegar de su Señor" (*Visión* 3, 6, 5). En otro pasaje los describe así: "Los que andan envueltos en varios negocios no se juntan con los siervos de Dios, sino que se extravían ahogados por sus varias actividades. Los ricos, también, por su parte, con dificultad se juntan con los siervos de Dios, por miedo de que se les pida algo. Ahora bien, estos tales difícilmente entrarán en el Reino de Dios" (*Parábola* 9, 20, 1, 2). Pero *Hermas* no desespera de la posibilidad de salvación de éstos, con tal que sus riquezas sean re-

cortadas, como deben ser recortadas las piedras redondas sacadas del río hasta hacer de ellas piedras cuadradas que se asienten bien en la construcción de la torre (*Visión* 3, 6, 6; *Parábola* 9, 20, 4).

Este predicador se quedó impresionado por la brecha que existía entre ricos y pobres. Unos tenían tanto que se enfermaban de hartura; y “otros, por el contrario, no tienen qué comer y, por falta de alimentación suficiente, arruinan también su cuerpo y no gozan de salud” (*Visión* 3, 9, 2-3). Incluso nos recuerda que “muchos por tales calamidades, al no poderlas soportar, se dan a sí mismo la muerte” (*Parábola* 10, 4, 3). Hermas, no creyó, de ningún modo, que tal brecha fuese una fatalidad en Roma; y constituyó un programa de vida el procurar superarla: “Yo, por mi parte, les digo que es necesario que todo hombre se vea libre de sus necesidades. Pues el que está necesitado y sufre estrecheces en la vida cotidiana, está en gran tormento y angustia” (*Par.* 10, 4, 2).

Si Roma en el apogeo del Imperio, conoció el hambre de muchos, mientras sólo unos pocos gozaban de todo, ¿qué no habrá pasado en las provincias, ciudades y pagos! Sabemos que a Alejandría no le cupo mejor suerte. “Es absurdo —clamaba Clemente— que uno solo viva entre deleites, mientras los demás están en la miseria” (*Pedagogo* 2, 12). Brecha que, insistimos, no era siempre una fatalidad, a pesar de la estructura económica entonces existente.

En la Antioquía de *San Juan Crisóstomo*, los muy ricos eran pocos, y los de recursos abundantes eran muchos. El Santo, que sabía bien de cuentas, pues su Iglesia alimentaba diariamente a tres mil pobres, se hizo el cálculo que, “si los ricos se repartieran entre sí a los que necesitan un pedazo de pan y vestidos, apenas si a cada cincuenta y aún a cada cien ricos le tocaría un solo pobre”. “Con diez personas que decidieran a gastar como la Iglesia, no quedaba un pobre en toda la ciudad” (*Comentario a San Mateo, Homilía* 66,3).

Volvamos a Hermas. El, que había hecho en este renglón una experiencia fundamental al abrazar la fe —“cuando eras rico, eras inútil; ahora, en cambio, eres útil y provechoso para la vida” (*Visión* 3, 6, 7)—, insiste en el buen uso de la riqueza (*Mandamiento* 6, 2, 5-6; 7, 3-5; 12, 2, 1-2), y en contentarse con lo suficiente (*Parábola* 1, 1-11). La desigualdad entre ricos y pobres él la concibió en términos de comunión. No en términos de revolución para suprimir a los ricos, ni tampoco en términos cínicos, de mantener en la pobreza al pobre. Lo demuestra la parábola del olmo en el que se trepa la vid (*Par.* 2, 3, 4-10).

6. Los *Padres Apologistas*, sin caer en vanagloria, recurren oportunamente al argumento de la conducta del cristiano que usa bien del dinero. Caer de maduro que el verdadero imitador de Dios suministra al necesitado lo mismo que él recibió de Dios (*A Diogneto* 10,6). “El que tiene, da sin envidia” (*Aristides* 16, 7-9). “Los que

amábamos por encima de todo el dinero y el acrecentamiento de nuestros bienes, ahora, aún lo que tenemos lo ponemos en común y de ello damos parte a todo el que está necesitado” (Justino, *Apología* 14,2; ver 67, 1, 6-7).

7. Al repasar la poca literatura cristiana del siglo II que nos ha quedado, podríamos apreciar que algunas de las máximas de Jesús en el Sermón del Monte acerca del uso de las riquezas, habían calado muy hondo en la conciencia cristiana. (Justino, *Apología* 15, 9-10; Ireneo, *Adv. Haer.* 4, 12, 3; ver *Didajé* 1,5).

8. La aparición en Alejandría de la herejía de Carpócrates tuvo que haber influido en el propósito de *Clemente* de escribir su “*Quis dives salvetur*” sobre la posibilidad de salvación del rico (Stromata 3,6). Para *Clemente* la riqueza es instrumental, ni buena ni mala en sí. Lo que importa es cómo se la adquiere y administra: “Instrumento así es también la riqueza. Si de ella se usa justamente, se pone al servicio de la justicia. Si de ella se hace uso injusto, se la pone al servicio de la injusticia. Por su naturaleza está destinada a servir, no a mandar. No hay, pues, que acusarla de lo que de suyo no tiene, al no ser ni buena ni mala. La riqueza no tiene culpa. A quien hay que acusar es al que tiene facultad de usar bien o mal de ella, por la elección que de sí y ante sí hace; y esto compete a la mente y juicio del hombre, que es en sí mismo libre y puede, a su arbitrio, manejar lo que se le da para su uso. De suerte que lo que hay que destruir no son las riquezas sino las pasiones del alma que no permiten el mejor uso de ellas” (*Quis dives*, 14).

Por lo mismo el rico se puede salvar: “Miradas las riquezas y su posesión en sí mismas, el Salvador no ha excluido en manera alguna a los ricos ni les ha abierto una zanja en el camino de la salvación, a condición de que puedan y quieran inclinar su vida a los mandamientos de Dios, y la prefieran a las cosas temporales, y miren al Señor con ojos fijos, como quien atiende al movimiento de cabeza de un excelente piloto, a ver qué quiere, qué manda, qué indica, qué consigna da a los marineros, qué rumbo quiere que tome la nave” (o.c., 26).

Pero lo que más importa de *Clemente* es, en primer lugar, la concepción cristiana que él empieza a desarrollar sobre la comunicabilidad de los bienes, enunciada primero en San Pablo (*Rm* 25, 26-27; ver *2 Cor* 8, 4; 9, 13), repetida luego en la *Didajé* (4,8) y en *Bernabé* (19,8): “Dios creó al género humano para la comunicación de unos con otros, como que El comenzó por repartir de lo suyo y a todos los hombres suministró su Logos común y todo lo hizo por todos. Luego todo es común y no pretendan los ricos tener más que los demás. Así pues aquello de “tengo y me sobra, ¿por qué no he de gozar?” no es humano y propio de la comunión de bienes. Más propio de la caridad es decir: “Tengo, ¿por qué no dar parte a los necesitados?” El que así sienta es perfecto porque

ha cumplido el mandamiento de amar a su prójimo como a sí mismo" (*Pedagogo* 2, 12).

La teoría de la comunicabilidad de los bienes le interesa a Clemente en vista del uso ético de la riqueza. "*Uso suficiente*", podría ser la fórmula que resume el pensamiento clementino. No carecer hasta la angustia, no despilfarrar, no atesorar con avidez, sino tener lo suficiente y abundante para comunicarlo. "Los que seriamente se preocupan de su salvación, han de tener por principio primero que toda posesión de bienes se nos da por razón del uso, y el uso por razón de la suficiencia, que puede procurarse con poco" (*Ped.* 2, 3). "Sé muy bien que Dios nos ha dado la facultad del uso pero sólo hasta la necesaria, y quiso, por otra parte, que el uso fuera común" (*Ped* 2, 12). "Hay que aceptar los venerables compañeros que son el Pedagogo, que son el trabajo por nuestras manos y la frugalidad. Hay que caminar de manera conforme al Logos; y aún cuando uno tenga mujer o hijos, no es carga la familia, con tal que aprenda a seguir a un caminante prudente y sobrio. Y a la mujer que ama a su marido, hay que componerla a semejanza del hombre, con vestido de viaje, llevando como viático para el camino hacia el cielo la frugalidad juntamente con la honesta gravedad. Como el pie para el zapato, la medida de lo que se ha de poseer es el cuerpo de cada uno" (*Pedagogo* 3,7). (Sobre esto ver también *Pedagogo* 3, 6; *Stromata* 4, 5-6; 4, 13; 6, 12; 7,3).

9. Por la misma época, en Africa, *Tertuliano* se preocupaba del buen uso de las riquezas. Sus ideas claves son: comunicabilidad de las mismas (*Apologético* 39) y morigeración en su uso, pues están puestas para comprobar el buen uso de nuestra libertad (*De cultu Ferminarum* 2; 10; 2, 13).

10. *San Cipriano* se lamenta que los cristianos de su comunidad sean, en cuanto al uso de las riquezas, tan distintos de los del *Libro de los Hechos*. "Entonces vendían sus casas y tierras, formando para sí un tesoro en el cielo, y ofrecían su precio a los apóstoles a fin de que los distribuyesen para el uso de los indigentes. Mas ahora no damos ni el diezmo de nuestro patrimonio; y mientras el Señor nos manda vender, nosotros compramos y aumentamos más nuestra hacienda. Hasta este grado se ha marchitado en nosotros el vigor de la fe, hasta este punto se ha debilitado la fortaleza de los creyentes" (*De Unitate Ecclesiae*, 26).

Coherente con la concepción de la comunicabilidad de los bienes (*De Bonis Operibus et Eleemosyna* 25), y no contento con denunciar la brecha entre ricos y pobres (*A Donato*, 12), San Cipriano presenta la limosna con una fuerza que nosotros los cristianos argentinos, más acostumbrados a pedir que a dar, ni sospechamos. Valdría la pena leer todo el libro *De Bonis Operibus et Eleemosyna*. No titubea en subrayar su eficacia comparándola al Bautismo (o.c., 23), y arremete contra el temor a hacer limosna (o.c., 9, 14).

Nada excusa de ella. Ni la pobreza, ni los hijos (*o.c.*, 15-21). La parodia que hace del “*Demonio Rey*” frente a “*Cristo Juez*” es cruelísima. El pueblo del Demonio es mucho más consecuente en sus lujos que el pueblo cristiano en sus limosnas. “Por estos que ves conmigo no recibí bofetadas...; tampoco les prometo el reino de los cielos...; sin embargo contemplo los presentes que me hacen vendiendo o empeñando incluso sus bienes para rendirme estos homenajes suntuosos... Muéstrame Cristo que tus seguidores acaudalados son tales, los riquísimos, anegados en la abundancia de sus bienes; si en la Iglesia, bajo tu dirección y presencia, te hacen semejantes fiestas y espectáculos; si para ello enajenan o dejan en prenda sus bienes o, más exactamente, los cambian en tesoros celestiales” (*o.c.*, 22-23).

La idea de prestarle a Dios, comienza a hacerse fuerte en San Cipriano (*De Ornatu Virginum*, 11; *De oratione Dominica*, 32). Y la reencontraremos luego en toda la Patrística. (San Basilio, *Hom. II sobre el Salmo 14*; *Contra los usureros*, 5; San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, *Salmo 37*; *Sermón 3*, 6).

11. *Lactancio*, heredero de la doctrina sobre la comunicabilidad de los bienes (*De Divinis Institutionibus*, 6, 12; 4, 5, 5), de la limosna (*o.c.*, 6, 13), aborda el tema del préstamo y enseña que: “Si alguien prestare dinero, no reciba usura para no que no pierda el mérito de socorrer en la necesidad y se abstenga totalmente de tomar lo ajeno. Debe contentarse con recibir lo suyo e incluso estar dispuesto a perder algo por ello para hacer el bien; pero es injusto recibir más de lo que se presta (*o.c.*, 6, 18).

Al cristiano de hoy le brotará instintiva la objeción de que era muy distinta la situación económica de la época de Lactancio, y por lo tanto nada tiene su enseñanza que pueda ser válido para la nuestra. No pretendemos, aplicar unívocamente sus palabras al día de hoy. Pero merece la pena que nos preguntemos: ¿Lactancio enuncia su doctrina acerca del préstamo a partir de una situación económica dada, o, sobre todo, desde una concepción del hombre? Estudiando los dos principios en que estriba la justicia, *piEDAD hacia Dios y equidad* —o. “*ecuabilidad*”— *hacia los hombres*, concluye: “Dios que ha creado y da la vida a los hombres, quiso que todos fuesen iguales. A todos nos sometió a la misma condición de vida, nos hizo capaces de la sabiduría, nos prometió a todos la inmortalidad; a nadie excluyó de sus bienes celestiales... Ante él nadie es siervo ni señor. Pues si es Padre de todos, con igual derecho somos sus hijos. Nadie es pobre para Dios... Nadie rico... He aquí porque no podía existir la justicia entre los romanos y los griegos. Permitieron una gran diversidad de condiciones y de grados: pobres y ricos, humildes y poderosos, ciudadanos y príncipes. Donde no son todos iguales no hay equidad. La desigualdad excluye la misma justicia, cuya fuerza consiste en hacer iguales a los que con arte igual vinieron a esta condición de vida” (*o.c.*, 5, 15; ver 5, 8).

Lactancio es, de este modo, el primero que pone, explícitamente, como base de un orden social justo, la concepción cristiana de la dignidad inviolable de la persona humana fundada en la filiación divina del hombre. Por lo mismo, los filósofos no hallaron la verdadera justicia, “de la cual ignoraban su origen y sus efectos, que no han sido revelados a nadie más que al pueblo cristiano (*o.c.*, 5, 16). Ante la objeción de algunos de que entre los cristinos también había diferencias entre ricos y pobres, retruca que no. “Ninguna (diferencia) pues si nos llamamos recíprocamente hermanos es porque nos consideramos todos iguales”. Sin negar la diferencia accidental según lo económico, no hace que la igualdad esencial humana quede sin ninguna proyección social: “Juzgamos todas las cosas humanas no por lo que se refiere al cuerpo, sino por lo que se refiere al alma, y así, aunque haya diferencias de condición según el cuerpo, sin embargo no existen para nosotros siervos, sino que a los mismos siervos los llamamos y tenemos por hermanos en espíritu y servidores del mismo Dios que nosotros. Las riquezas tampoco son causa de preeminencia entre nosotros, excepto si se emplean en obras de misericordia y los que parecen pobres sin embargo son ricos, porque nada necesitan y nada desean (*o.c.*, 5, 16).

Siguiendo el mismo estilo de razonamiento, habla en otro párrafo de la religión como obligación de justicia para con Dios, y de la misericordia o “humanidad” como obligación de justicia para con el hombre:

“Esta última virtud es propia de los justos y servidores de Dios, y en ella sólo se encuentra el fundamento de la vida común. Pues Dios, que negó a los animales la inteligencia, les concedió defensas naturales contra los peligros que les acechaban. Pero el hombre, porque lo creó desnudo y débil, le dotó de inteligencia que le instruyere en lo que debía hacer y además le dio el afecto de la piedad para que velara, amara, recibiera y prestara auxilio al hombre contra todos los peligros. La “humanidad”, pues, es el vínculo máximo que une a los hombres entre sí, y quien la viola debe ser tenido por impío y parricida...”

Y agrega:

“para mantener esta hermandad, Dios quiere que hagamos siempre el bien y nunca el mal. El mismo nos enseña en qué consiste hacer el bien: en ayudar a los humildes y desgraciados y dar de comer a los que no tengan. Porque es piadoso, quiso que los hombres vivamos en sociedad y que veamos en cada persona nuestra misma naturaleza...”. Los filósofos no han dejado ningún precepto sobre la virtud de la humanidad. Animados de una especie de falsa virtud, excluyeron del hombre la misericordia, con lo cual aumentaron las miserias del hombre que pretendían sanar. Aunque reconocían que se debía conservar el vínculo de la sociedad humana, ellos

en realidad lo rompen con el rigor inflexible que atribuyen a la virtud" (*o.c.*, 5, 16).

Lactancio no conoció a los modernos filósofos de la economía del mercado. Pero sí a los que entonces negaban a Dios y las consecuencias sociales que de allí dimanaban. Y de ese modo parece estar hablando de todos aquellos que hoy inventan —aún con pretexto de progreso humano— una economía totalmente autónoma de toda moral que tenga por fundamento a Dios.

## II. LA PRACTICA DE LA USURA

1. Hemos visto, al pasar, la codicia o amor al dinero reinando en todos los tiempos. También entre cristianos. Reina en tiempo de Hermas y reina en tiempo de Cipriano. Pero en el tiempo de Constantino —¡el mal traído Constantino!—, los Padres comienzan a denunciar el lujo, el despilfarro, la tacañería, y de manera especial, el préstamo a interés, que se lo va a tachar siempre de usura, sin distinciones. Clemente había tratado de él al pasar, comentando los deberes y prohibiciones con resonancia social prescriptos por el Antiguo Testamento (*Stromata* 2, 18).

A decir verdad tampoco entre los filósofos paganos la usura había sido vista con benevolencia. Y los emperadores se esforzaban por reducir al seis por ciento anual las tasas altísimas de interés que oscilaban entre el uno por ciento mensual (*usura centesima*), y el cuatro por ciento mensual (*quaternae centesimae*), cuando no llegaba al sesenta por ciento anual (cf. *Giordani, J.; Usurai e avari*, en *Il Messaggio Sociale de Gesù*, T. 4, Milano 1947, pag. 143). Todo una ganga sin embargo comparado con los records argentinos de los últimos años. Aunque, es verdad, otro era entonces el estilo de economía. Aquélla era de trueque y consumo. ¿Y ésta? No logró, por cierto, todavía ser firmemente de producción. Quiera Dios que no sea de destrucción del país.

2. Y hablando de la destrucción de la economía, mucho tuvo que ver con ella, en aquel entonces, la usura.

Los *Concilios*, al amanecer de la época constantiniana, se preocupan de que los clérigos no caigan en ella. *Los Canones Apostólicos* (Canon 44), *los Concilios Provinciales de Elvira* (c. 20), de *Arles* (cc. 12, 24), de *Cartago* (cc. 12, 16), de *Tarragona* (c. 10), *Trullano* (c. 10), el *Ecuménico de Nicea* (c. 17). todos cuidan que los clérigos no incidan en esa práctica. Lo cual, traducido en buen romance, significa que caían con frecuencia. ¿Por qué? ¿Por qué ya entonces era irreal la postura oficial de la Iglesia, que no reconocía legitimidad a la usura contra el parecer común? ¿Valió la pena esperar tantos siglos para que la Iglesia admitiese finalmente el

valor dinámico del capital? ¿Toda aquella doctrina sobre la usura es, entonces, obsoleta? Mucho nos tememos que sobrevalorando los planteos situacionales, que la teología moral emplea con más frecuencia en las últimas décadas, se tire al niño junto con el agua sucia. Y así nos quedamos los cristianos, no sólo sin los planteos situacionales, pues estos evolucionan con rapidez, sino —lo que sería gravísimo— sin doctrina. De allí a pedirle prestado la suya al capitalismo o al colectivismo no habrá sino un paso.

Doctores de la talla de *San Basilio*, *San Juan Crisóstomo*, *San Ambrosio*, *San Agustín*, nos hacen sospechar, sin embargo, que más allá del carácter situacional de la economía de entonces, estos al reprobar la usura, tienen en cuenta una doctrina que es coherente con la enseñanza del Nuevo Testamento, y que, por tanto, es permanente en la Iglesia. Habrá sido esta coherencia —seguimos sospechando—, la que permitió a la Iglesia admitir más tarde la existencia de un interés legítimo; y no ya, o no tanto, la presión de la ciencia económica moderna. Pero, ¿cuál es el núcleo doctrinal de la enseñanza patristica sobre la usura que permanecería válido para hoy? Sospechamos, con fundamento que es la concepción cristiana del hombre, del trabajo y de las relaciones humanas con los demás hombres y con las cosas.\*

3. Hablamos arriba, al pasar, de la usura de los clérigos. ¿La seducción de los dineros del Estado tuvieron algo que ver con ello? Algo, seguro. Pues no se les pasó a los Padres el peligro que entrañaban los aportes estatales, dados a veces para domesticar a la Iglesia. El *Papa Liberio*, primero, e *Hilario de Poitiers* después, procuraron defender a la Iglesia de ceder por ello a los requerimientos del Estado. El primero refutó la necesidad del aporte económico estatal para la realización de un Concilio de pacificación en Alejandría, y después despreció el subsidio que el Emperador le remitió para ayudarse en el destierro (cf. *Coloquio entre el emperador Constancio y el Papa Liberio*, en *Teodoreto de Ciro*, *Hist. Eclesiástica*, 2, 13). El segundo no titubeó en calificar al emperador Constancio de anticristo por sus dádivas interesadas: “Este no nos quiebra el espinazo, nos halaga el cuerpo; no nos destierra, porque el destierro nos traería la vida eterna; nos ofrece dinero, mas para la muerte. No nos arroja en las cárceles con que conseguiríamos la eterna libertad, sino que nos honra en su palacio para darnos esclavitud... Dice que confiesa a Cristo, pero miente. Se preocupa por la unión pero eso no puede llamarse paz. Proscribe la herejía pero persigue a Jesucristo. Honra a los eclesiásticos, pero va contra los Obispos. Edifica templos, pero destruye la fe” (*Liber contra Constantium imperatorem*, 1).

\* Ver *Diccionario de Teología Moral* (Ed. Paulinas), artículo “usura”, donde se cita a un autor que nos parece enfatizar demasiado la cambiabilidad de la doctrina de la Iglesia sobre la usura, para justificar un cambio en la doctrina de la anticoncepción.

4. *San Basilio* es el primero de los Padres que carga las tintas contra la usura. Le dedica al tema una larga homilía: la *Homilía 2 sobre el Salmo 14 contra los usureros*. El versículo 5 del *Salmo 15* (14), y el respaldo en *Ezequiel 22, 12 y 18, 8*, le da una buena ocasión para el tema. Como antes *Exodo 22, 24*; *Levítico 25, 35-37*; *Deuteronomio 23, 20-21*, lo habían sido para Clemente (*Stromata 2, 18*).

La homilía está dedicada al que toma el préstamo más que al que lo da. Pero la ocasión se presenta muy buena para pintar tanto al usurero cuanto las situaciones humanas y sociales que la usura engendra: “Extremo es de inhumanidad que uno tenga que pedir prestado por faltarle lo más necesario para sostener su vida, y el otro no se contenta con el capital sino que piensa hacer negocio y aumentar su opulencia a costa de las calamidades de los pobres” (o.c., 1).

Trae a colación la palabra de *Mt 5, 42*: “El Señor por el contrario nos dio orden terminante diciendo: “Y al que te quisiere pedir prestado no le vuelvas la espalda”. Luego pinta la figura del avaro: “Al ver al hombre rendido por la necesidad, que se postra suplicante a sus pies..., no se compadece del que está haciendo cosas que no dicen la condición humana, no para mientes en la común naturaleza, no se rinde a las súplicas, sino que permanece inflexible e inexorable, sin ceder a ruegos, sin conmoverse por lágrimas, firme en su negativa, jurando y perjurando y echándose maldiciones de que no dispone de un centavo y que él mismo tendrá que mirar si halla algún prestamista; y la mentira la confirma con juramento, añadiendo el perjurio al mal de la humanidad”. “Pero apenas el que viene en busca de un préstamo habla de interés y deja oír la palabra “hipoteca” o “prendas”, el avaro baja su entrecejo y sonrío, recuerda la amistad paterna y llama al infeliz familiar y amigo. Y vamos a ver —dice— si tengo por ahí algún dinero de reserva. Si aquí tengo el depósito de un amigo que me prestó por razón de negocio pero señaló sobre él unos enormes intereses. Yo voy a aflojar contigo y te lo daré a más bajo interés” (o.c., 1).

San Ambrosio tuvo que haber tenido presente este escrito ante sus ojos, cuando, más de un siglo después, escribió el *Comentario al Libro de Tobías*, N° 9-10, pues se siente allí el eco de las palabras de San Basilio.

Increpando al prestamista, Basilio continúa: “Más tú dime: ¿dinero e interés buscas de quien nada tiene? ¿Si fuera capaz de hacerse más rico, qué necesidad tenía de llamar a tus puertas? Ha venido en busca de un aliado y se ha encontrado con un enemigo. Buscaba un remedio y ha dado con un veneno. Era deber tuyo socorrer la indigencia de ese hombre y tú la multiplicas, pues tratas de agotar lo poco que tiene” (o.c., 1).

Dirigiéndose al que pide prestado, y exhortándolo a que no lo haga, (ya que mejor es que vaya saliendo de a poco de sus penurias, y que venda para ello las cosas prescindibles) agrega: “No admitas al usurero que te vendrá a cercar como a una ciudad. No toleres que como a una pieza de caza, te venga a buscar y te siga el rastro...” (o.c., 2). “Los perros al tomar algo, se amansan; más el usurero, al recibir, se enfurece más. No cesa de aullar, sino que busca más y más...” (o.c., 2).

Y describe la dinámica loca del dinero, que no se frena nunca: “No te juntes con una fiera tan fecunda. Se dice que las liebres paren, crían y se empareñan, todo a la vez. Así para los usureros, el dinero se presta, produce y se multiplica todo a la vez. Y es así que apenas has tomado el dinero en la mano, ya te piden el interés de este mes. Y éste, prestado a su vez, engendra otro mal, y éste otro, y así hasta lo infinito. De allí que este género de avaricia recibió precisamente ese nombre. Se llama, efectivamente, “*TOKOS*” (engendro o parto), me parece, por su fecundidad en engendrar males... Usura sobre usura es descendencia mala de padres malos. Estos engendros de los intereses han de llamarse crías de víboras. Cuentan que las víboras devoran, durante su gestación, el vientre de su madre. Igualmente el interés, apenas nace empieza a reproducirse. Los animales empiezan pronto a ser fecundos, pero dejan de serlo rápidamente; en cambio, el capital produce inmediatamente intereses que se multiplican hasta el infinito. Todo lo que crece se detiene al llegar a su talla normal, mas el dinero de los avaros nunca cesa de aumentar. Los animales, cuando sus crías alcanzan la fuerza generativa, pierden la suya; pero en la usura los intereses y el capital no cesan de reproducirse. Apártate pues del peligro de esta bestia monstruosa...” (o.c., 3).

¿Sería un despropósito comparar la locura de la dinámica de la usura de entonces con las prácticas especulativas que se han fomentado en la Argentina de hoy? Pues sucede aquí que quien menos trabaja más gana, y quien más trabaja, más se empobrece. Con el resultado de un país que autodesmantela su producción, y de no poca gente con mucho dinero a disposición, la cual no sabe qué hacer aquí con él, a no ser irse al extranjero para gozar, o “ponerlo nuevamente a trabajar” a recomenzar el círculo con que desde hace unos años vamos atenazando, como una boa constrictor, la respiración de la economía argentina.

¿A quién se presta dinero? Los bancos suelen prestar a los que tienen, a los que pueden traer en garantía un inmueble o un sueldo altísimo. El trabajo corriente ha dejado de ser garantía de nada. Y como hoy, tampoco entonces había dinero para el de verdad pobre. Se hacía prestar dinero un tipo de hombre iluso, que con sus ilusiones desconcertaba su vida propia y la de la ciudad: “Los que acuden a los préstamos no son los que carecen de lo necesario, sino

hombres que se entregan a gastos excesivos... [Este] antes de usar la cantidad recibida, ya está cambiando de amo y con esta sucesión de prestamistas, trata de huir la realidad de su indigencia. Mas como los hidrópicos sólo tienen apariencia de carnes, así este vive en la nueva imaginación de riqueza, recibiendo siempre y dando siempre, pagando con el último préstamo y buscando el crédito para recibir la continuidad misma de su calamidad. Los que sufren de bilis tienen que vomitar lo antes tomado y, de tomar segunda comida sin haberse purgado enteramente de la primera, la arrojan otra vez con dolor y espasmos. Así acontece a los que toman préstamos de préstamos, y antes de limpiar el primero ya se han cargado con otro" (o.c., 4).

San Basilio propone, como remedio, el préstamo sin interés, dado al de verdad pobre. Sonaba esto entonces, no menos que hoy, a una locura. Pero no hay quien no vea que el préstamo sin interés, defendido por siglos por la Iglesia, tuvo que haber sido fuente de equilibrio social, mientras que el otro estuvo siempre a la base del desequilibrio. "Da el dinero que te sobra, no gravándole con réditos, y a los dos les irá bien. Tú tendrás tus bienes seguros; el otro, que los ha recibido, sacará provecho de su uso. Mas si buscas réditos, conténtate con los que te dará el Señor. El pagará, por los pobres, los intereses". (o.c., 5).

La homilía "*Destruan horrea mea*", comentando a Lc 12, 26ss, como también la homilía "*Contra divites*", comentando a Mt 19, 16ss, merecerían ser leídas por entero para captar qué juicio merecía a Basilio la suntuosidad, el despilfarro de los ricos. ¡Pobre del Obispo!, ¡pobre del presbítero! que hoy se atreviese a pronunciar semejantes homilías. Habría de aguantar motes no menores de "tercermundista", "socializante". Si no de "rojo". ¿Cambió sólo la sensibilidad de oyentes y de predicadores que ya es imposible pronunciar o escuchar tales palabras? ¿O va cambiando también la mentalidad de los predicadores bajo la presión de esta civilización que se llama de "consumo", y ya no sería tan malo lo que en el Evangelio es un peligro cierto de salvación?

La homilía "*In tempore famis et siccitatis*" también valdría la pena leerla toda entera, para captar el sentido de solidaridad que el Obispo de Cesarea inculcaba a sus fieles.

5. San Gregorio Niseno, el hermano de San Basilio, nos legó a su vez, una *Homilía contra los usureros*, dirigida no tanto al que se hace prestar, cuanto al que presta. Basado en el profeta *Ezequiel* y trayendo a colación Mt 5, 42, condena la usura: "Tú, a quien hablo, cualquiera que seas, odia toda costumbre fraudulenta. Ama a los hombres no al dinero. ...Tú (el que prestas) haces lo contrario de lo que deberías hacer: habrías debido ser su aliado y te conviertes en su enemigo; no le ofreces ayuda para que atienda a la necesidad que lo oprime y se libre de la usura que lo ahoga, sino que an-

gustiado ya, le procuras nuevos motivos de dolor e intentas despojarlo de nuevo cuando ya está desnudo; herido, le hieres nuevamente, acumulando sobre él preocupaciones a sus preocupaciones, dolores a sus dolores” (o.c.).

La cantinela de los Padres contra la usura no gozaba de gran simpatía entre muchos de los fieles. “Este sermón —dicen ustedes— resulta odioso y pesado. Sé que ustedes lo murmuran entre dientes, a pesar de que intento frecuentemente desde esta cátedra confirmarlos en la verdad. ...No miras —dicen ustedes— por aquellos a quienes se hace un beneficio y por los pobres. Si dejamos de prestar, cómo subsistirán los pobres y los desgraciados?” (o.c.).

Y sigue toda la única argumentación del rico, que se cierra con un portazo. De prestar a interés pasa a no querer prestar nada. Cometiéndolo así un nuevo pecado contra Dios.

6. Mientras en Oriente Basilio clamaba contra la usura, *San Hilario*, a quien habían pretendido inútilmente domesticar con dinero, la condenaba en Occidente. Comentando el *Salmo* 14, versículo 5, dice: “Qué cosa puede haber más intolerable que favorecer al indigente para que su necesidad sea mayor y que acumular riqueza a costa de la miseria del pobre? Si eres cristiano, por qué esperas que te premie Dios, cuando El mismo en otros hombres recibe no favores sino daños? ¿Por qué entregas a interés tu dinero inactivo y aumentas tus tesoros a costa de la escasez de tu hermano por el cual murió Cristo? Si eres cristiano no te pido que seas generoso sino que al menos recobres tu deuda de modo que no despojes al deudor. Recuerda que éste de quien reclamas la usura es el necesitado. Reconoce que ya hagas un beneficio o un perjuicio al pobre, es a Cristo a quien lo haces, porque Cristo siendo Dios, se dignó hacerse pobre de nombre y de hecho por los pobres” (*Tract. in Psalmos, Ps 14, N° 15*).

El campeón contra el arrianismo en Occidente no supo fundamentar mejor su condena al préstamo a interés que en la encarnación y en la humillación del Verbo, con su argumento al estilo de los de San Pablo cuando quería cortar de raíz toda discusión (*1 Cor 8, 11; Rm 14, 15; 2 Cor 8, 9; Flp 2, 5-8*).

7. Si venimos a *San Juan Crisóstomo*, sería imposible resumir toda su doctrina sobre el buen uso de la riqueza. No fue él un teórico, encerrado en un moderno centro de investigación social, sino un pastor: presbítero, primero, a quien su Obispo Flaviano le encomendó el púlpito de Antioquía, y fue Patriarca de Constantinopla, después. Su tarea pastoral lo ponía en contacto con un pueblo que en invierno no tenía qué comer. Su Sermón sobre la Limosna, pensado mientras iba por la calle hacia el templo y contemplaba el espectáculo que ofrecían los pobres, es estremecedor. “En verano, la estación misma procura mucho alivio a los pobres... En el invierno, por el contrario, se les hace guerra por todas partes y se les pone

cercos por dos costados: el hambre les consume por dentro las entrañas y el frío por fuera los deja ateridos y les mata la carne. Por eso necesitan de más abundante comida, de vestido más grueso, de techo y de cama, de zapatos y de tantas cosas más. Y lo peor de todo es que tampoco hallan facilidad de trabajo, pues no lo permite la estación del año. Y sobre eso, además de carecer más que nunca de lo necesario, se les quita también el trabajo, porque nadie toma a jornal a esos pobres ni se los llama para servicio alguno. No queda sino que les tiendan la mano la gente misericordiosa, que hagan las veces de patronos que los contratan. Esta es nuestra embajada, para la que tomamos como ayuda al que fue verdaderamente protector y abogado de los pobres, el apóstol Pablo" (o.c., 1).

Su *Homilía 61 sobre Mateo* nos da una idea de la explotación que entonces reinaba: "¡Miserable espectáculo! Después de trabajar todo el invierno, después de consumirse al hielo y a las lluvias, y a las vigiliás, tienen que retirarse con las manos vacías y encima cargados de deudas. Y más que por este hambre, más que por este naufragio, temen y tiemblan los infortunados ante las torturas de los administradores, las comparendas ante los tribunales, las cuentas que se les piden, los suplicios a que se los conduce, las cargas inexorables que se les imponen. Quién dirá los negocios que con ellos se emprenden, los viles tráfico a que se los somete, llenando sus amos lagares y graneros a costa del trabajo y sudor de aquellos infelices, mientras que a ellos no se les consiente llevar a casa ni una mínima parte? Todo el fruto tiene que ir a llenar sus toneles de iniquidad, y sólo unas monedas le tiran por ello al trabajador" (o.c., 3).

Explotación que se revestía, a veces, de la careta del orden social. Nuestros modernos villeros e indocumentados no tienen nada que envidiar a sus viejos hermanos. "Y no digo ahora todo esto sin motivo, sino porque muchos, muchas veces, se metan en averiguaciones con los pobres, y los examinan sobre su patria, sobre su vida y milagros, qué profesión tienen, cómo andan de fuerzas, cargándolos de acusaciones y pidiéndoles mil razones acerca de su salud" (*Sermón sobre la limosna*, 6).

¿Es de extrañar, entonces, que este Pastor, que tan directamente tocó el drama de su pueblo, haya proferido las palabras que dijo contra los ricos? Mejor no osar pronunciarlas hoy día. Leer, por ejemplo la *Homilía 1, Super Lazarum*, N° 12, donde se compara a los ricos y avaros, a los ladrones y bandidos.

Con estos supuestos se entiende que Crisóstomo haya tenido que defenderse repetidas veces de la acusación de que atacaba a los ricos. "Cierto, muchos hay que no paran de decirme: "Estás atacando a los ricos". ¡Ellos si atacan a los pobres! ¿Con que yo ataco a los ricos? No a los ricos sino a los que usan mal de su riqueza. Yo

no me canso de repetir que no condeno al rico, sino al ladrón. Una cosa es el opulento, otra el avariento. Distingue las cosas y no confundas lo inconfundible. ¿Eres rico?, ¡enhorabuena! ¿Eres ladrón? te condeno. ¿Tienes lo tuyo? ¡Goza de ello! ¿Te apoderas de lo ajeno? ¡No me callaré! ¿Que me quieres apedrear? Pronto estoy a derramar mi sangre con tal de que impida tu pecado. A mí no se me da nada del odio, no se me da de la guerra; lo que me importa es el aprovechamiento de mis oyentes. Hijos míos son los ricos, hijos míos son los pobres; el mismo vientre los llevó a unos y a otros; los mismos dolores de parto los echaron a unos y a otros al mundo. Si, pues, tú atacas al pobre, yo te acuso; pues no es tanto el daño que se inflige al pobre cuanto el que sufre el rico. No es muy grande el agravio que se hace al pobre. Se le daña en sus cosas o dinero, pero tú te dañas tu alma. Que me hiera, pues, el que quiera; las insidias son para mí reservas de coronas, las heridas multiplican mis galardones” (*Sobre Eutropio, Hom. 2,3*).

Su *Homilía I sobre el hombre que se hizo rico* vuelve sobre el tema. Después de refutar dialécticamente diciendo que son los ricos los que atacan a los pobres, arguye que él, al hablar como habla, defiende al rico. “Soy pastor de una grey espiritual; no persigo pedradas, sino con la palabra. O, por mejor decir, no te persigo sino que te llamo. Hazte oveja, ven, entra en mi rebaño... Al hablar como hablo en favor tuyo hablo, aún cuando no te des cuenta de ello... Cómo que hablas en mi favor?... Pues porque te libero del pecado, te saco de la rapiña, te hago amigo de todos, te hago amable a todos... Qué otro te hablará de estas cosas, sino de procesos y acusaciones?... Yo no temo más que una cosa: el pecado. Todo lo demás, riqueza o pobreza; poder o cualquier cosa puede dejarse a un lado. Esto es lo que digo y lo que no me canso de repetir, pues no quiero que se pierda nadie de mi rebaño” (*o.c.*, 4).

No pudo faltar en este pastor la fustigación de la usura: “Quienes tienen mandamiento de no atesorar ni aún de sus justas ganancias, sino de abrir sus puertas a los necesitados, esos mismos son los que hacen negocios con la pobreza de los demás, y se inventan una rapiña de buena ganancia, una avaricia de lindos pretextos. Y no me vengas con leyes profanas. El publicano cumple la ley profana y, sin embargo, es castigado. Y también lo seremos nosotros si no ponemos término a la opresión de los pobres, si seguimos tomando ocasión de la necesidad y de su necesario sustento para el más desvergonzado negocio. “Si tienes riquezas es justamente para que socorras la pobreza, no para que trafiques con ellas. Tú, empero, con apariencias de socorro, haces más grave la miseria y vendes a buen precio la caridad” (*Sobre San Mateo, Homilía 56, 5*).

Las argucias en favor de la usura eran muchas. El prestamista se defendía incluso con razones de aparente piedad: prestar para tomar los intereses y hacer con ellos limosna. El santo no tolera más

y le contesta al usurero: "No blasfemes, hombre. Dios no quiere semejantes sacrificios. No intentes burlar la ley. Más vale no dar al pobre que darle ese dinero" (o.c., 6).

Los préstamos en Antioquía dolían: Luego inventan nuevos géneros de usura, no permitidos por leyes de los gentiles y componen letras de préstamos que son una pura maldición porque ya no se contentan con la centésima mensual (12 por 100), sino que los fuerzan a pagar un interés del 50 por ciento. Y eso, cuando el infeliz de quien lo exigen tiene mujer y ha de alimentar a sus hijos, y es hombre pobre, y con su propio trabajo les ha llenado eras y lagares. Mas ellos nada de esto consideran". (*Sobre San Mateo, Homilía 61, 3*).

En la *Homilía 65* se detiene a explicar porque San Pablo llama idolatría a la avaricia: "Mas, ¿porqué la llamó idolatría? Hay muchos que tienen riquezas y no se atreven a usar de ellas. Las guardan como cosas sagradas, transmitiéndolas intactas. Como si fueran exvotos u ofrendas sacras, no se atreven ni a tocarlas. Y si, en fin, se ven forzados a usarlas, tienen la impresión de haber hecho una acción ilícita y, de modo general, como el gentil rodea de cuidado su ídolo, así, tú confías tu oro a puertas y cerrojos, haces de tu arca un templo y en vasos de plata depositas tu dinero. Me dices que no lo adoras, ¿como hace el otro con su ídolo? Pero le consagraste todo tu cuidado. Aquél, además, antes entregaría sus ojos y su alma a su ídolo. Y lo mismo hay que decir de quienes aman el dinero. "Pero yo no adoro el dinero". Tampoco el otro, te digo yo, adora el ídolo sino al demonio que mora en el ídolo. Así, tú, aunque no adores al oro, sí al demonio que asalta a tu alma por la vista del oro y la codicia que en ella excita. Y es así que no hay demonio más violento que la codicia del dinero, y muchos obedecen más fielmente a éste que otros a sus ídolos. Los idólatras se hacen los sordos en muchas cosas; mas aquí se cede en todo y lo que la avaricia manda se cumple puntualmente. Y ¿qué manda? Sé enemigo —dice— de todo el género humano, desconoce la naturaleza, menosprecia a Dios, sacrificate a ti mismo. Y en todo se lo obedece. A los ídolos se les sacrifica bueyes y ovejas: la avaricia, empero, dice: sacrificate a tu alma y convence a su adorador. ¿Ven ustedes qué altares tiene y sacrificios recibe? Los avaros no poseerán el Reino de Dios pero ni aún así sienten temor alguno. Y, sin embargo, esa concupiscencia es la más flaca de todas. Y es así que no es ingénita ni natural. De serlo, hubiera existido desde el principio. Pero lo cierto es que, originariamente no había dinero, ni lo codiciaba nadie. Si les place, yo les voy a explicar el origen de este mal. El origen está en que cada uno, emulando a su antecesor, propaga esa enfermedad, y el que va adelante incita al que sigue por más que éste no queira" (o.c., 3).

Si al menos los ricos se aviniesen, no ya a regalar, sino a prestar el capital... una ilusión del pastor: "Porque no quiero obligarte a que disminuyas tu capital, y no porque realmente no lo desee, sino porque te veo recalcitrante. No digo, pues, eso. No. Gasta sólo de los réditos, no los amontones, también, éstos. Basta que tus rentas sigan manando como de fuentes; haz de ellas partícipes a los pobres y sé buen administrador de lo que Dios te ha dado..." (*Sobre San Mateo, Hom. 66, 4*).

8. Por si pensamos que sólo las tierras de Siria pudieron producir un profeta del estilo de Crisóstomo, vengamos a las nevadas regiones lombardas. En Milán está un *Ambrosio*, a quien toda la flemma de su nacimiento y primera educación en las Galias no lograron aplacarlo frente a la avaricia. Leyó más de un tratado de San Basilio. Y a veces lo copia. En el *Hexámeron* (Libro 5, 5, 14) copia la imagen que San Basilio trae en su *Hexámeron*. (Hom. 7,3), del rico, cual pez grande que se come al chico. Vimos arriba que alude a la *Homilia 2 sobre el salmo 14*. Y emplea también las homilias "*Destruam horrea mea*" e "*In divites*". Pero hijo de un magistrado romano y pastor de la capital imperial de occidente, era hombre de saber ver la realidad con sus propios ojos. Valdría la pena leer todo su *libro Sobre Naboth*. "La historia de Naboth sucedió hace mucho tiempo, pero se renueva todos los días. ¿Qué rico no ambiciona continuamente lo ajeno? ¿Quién no pretende arrebatar al pobre su pequeña posesión, e invadir la herencia de sus antepasados? ¿Quién se contenta con lo suyo? ¿Qué rico hay al que no excite su codicia la posesión vecina? Así, pues, no ha existido sólo un Achab, sino que, lo que es peor, todos los días nace de nuevo y nunca se extingue su semilla en este siglo. Si muere uno, renacen muchos; son más los que nacen para la rapiña que para la dádiva. Ni es Naboth el único pobre asesinado; todos los días se renueva su sacrificio; todos los días se mata al pobre" (o.c., 1).

El libro *Sobre Tobías*, donde se pondera la conducta del piadoso israelita, es una buena ocasión para dar contra la usura: "En cuanto dio en préstamo sin exigir usura por ello, se mantuvo en el plano de la justicia. Injusto es el préstamo del cual se espera usura... Dar a usura el propio dinero, es en justicia, execrable y la ley lo prohíbe" (o.c., 7).

Después de traer a colación la imagen del avaro hecha por San Basilio, añade: "Tales son, ricos, sus beneficios. Dan poco y reciben mucho. Esta es vuestra humanidad. Expolian incluso cuando dicen que socorren. Para ustedes es fuente fecunda de ganancia hasta el pobre. Sujetan al pobre a la usura y saben obligarlo a que les pague los intereses aunque ellos no tengan ni siquiera lo suficiente para atender a sus necesidades. Verdaderamente, ustedes, son misericordiosos! Le liberan de uno y lo vinculan a ustedes y obligan a que les pague usuras quien no tiene qué comer. ¿Se puede imaginar acción más perversa?" (o.c., 11).

En su libro *"De Officiis ministrorum"* vuelve sobre el tema (Libro 3, 3, 20). Quizá sea útil transcribir dos párrafos, uno sobre la especulación en tiempo de escasez y otro sobre la expulsión de los extranjeros en tiempo de hambre. "Debes esperar la retribución de tu trabajo y una justa ganancia de la fertilidad del suelo. ¿Por qué utilizas para el fraude el producto de la naturaleza? ¿Por qué apartas del uso de los hombres lo que la naturaleza produce para todos? ¿Por qué menguas la abundancia del pueblo? ¿Por qué deseas la escasez? ¿Por qué das lugar a que los pobres pretieran la esterilidad? Cuando no participan de los beneficios de la fecundidad, por qué elevas los precios y escondes el trigo, prefieres que nada nazca antes de que tú negocies con el hambre del pueblo. Deseas la escasez de trigo y la penuria de alimentos. Te pesa el año bueno. Lloras la fertilidad pública, deploras que los graneros estén llenos de trigo. Inquieres cuándo va a ser el año escaso. Te alegra que tenga lugar la maldición de que nada nazca para nadie cuando es conforme a tus deseos. Tu regocijo es grande entonces porque llega la hora de cosechar tú, de que amontones riquezas a costa de la miseria de los demás. Y a este modo de obrar, que es un artificio astuto, lo llamas industria y diligencia, y lo que es maldad suma, remedio. ¿Lo llamaré robo o usura? Esperas, como los ladrones, el tiempo oportuno para introducirte encubiertamente en las entrañas de los pobres. Los frutos por ti encerrados se te multiplican por la usura. Como usurero escondes el trigo, como vendedor aumentas el precio. Tu ganancia es daño público" (o.c., 3, 6, 41).

"De ninguna manera se debe aprobar a los que expulsan a los peregrinos de la ciudad en tiempos de hambre cuando los debía ayudar más. Les separan de la relación con el Padre común, les niegan los frutos dados para todos, les apartan de la comunidad de vida ya iniciada: no quieren compartir, con los que tienen derechos comunes, los recursos en tiempos de necesidad. Los animales salvajes y las bestias tienen en común el alimento que les proporciona la tierra y ayudan a las de su mismo género. Por el contrario, el hombre, que nada de todo lo que es humano debe considerar ajeno a sí, combate a los otros hombres" (o.c., 3, 7, 45).

9. *San Jerónimo* no se vio obligado por la cura pastoral, como un San Ambrosio o un San Juan Crisóstomo, a proteger a su pueblo de la usura. Pero la traducción de las Escrituras, en primer lugar, y luego la tarea de dirección espiritual, lo llevó a enfrentarse directamente con las exigencias que tiene la Palabra de Dios sobre la administración de los bienes materiales y naturalmente sobre la reprobación de la avaricia y del préstamo a interés.

A su hija espiritual Eustoquia escribe: "Debes huir de la avaricia, no sólo no codiciando los bienes ajenos (lo cual hasta lo prohíben las leyes civiles) sino incluso no reservando las riquezas que posees que no son propiamente tuyas" (*Carta 22, 31*).

Comentando al profeta *Ezequiel* repite la enseñanza tradicional de los Padres contra el préstamo a interés: “Décimo: Dan su pan al hambriento” por lo cual se enseña no se debe dar limosna a los hartos, sino a los hambrientos; ni se debe dar pan a los que eructan en plenitud sino a los que tienen vacío el estómago. Con la palabra “pan” se expresa todo el alimento necesario. Y significativamente se dice “suyo” porque no empleamos en obras de misericordia el pan que procede de la rapiña, de la usura o del mal ajeno. “La rendición del alma del varón, sus propias riquezas” (*Prov.* 13, 8).

Duodécimo: “no prestar a usura”, o como tradujeron los setenta, que “no prestó su dinero a usura”. En el texto hebraico se prohíben todas las especies de usura; en los setenta sólo las de dinero. Según eso, en el *Sal* 14 está escrito: “quien no dio su dinero a usura” (*Sal* 14, 5). Sin embargo, en el Antiguo Testamento se dice también: “no prestarás con usura a tu hermano” (*Dt* 15, 6 y 23, 10). Observa que en el principio de la Ley sólo se prohíbe la usura entre hermanos; en los Profetas se prohíbe a todos, según *Ezequiel*; “no dio su dinero a usura”. En fin, en el Evangelio se exige un grado mayor de virtud, cuando el Señor manda: “dad prestado a quien no esperáis que os lo devuelva”. (*Lc* 6, 35).

Sigue en décimotercer lugar: “y no recibes más de lo que das” algunos piensan que sólo puede existir usura en el dinero. Previendo esto la Sagrada Escritura prohíbe el exceso en todas las cosas, de modo que en ningún caso se reciba más de lo que se da. Suele exigirse en el campo usura del trigo, mijo, vino, aceite y otros productos agrícolas o lo que llama la Palabra Divina “abundancia”. Por ejemplo se prestan en tiempos de invierno diez modios para recibir en la época de la recolección quince; es decir, lo prestado y media parte más. Los que se tienen por muy justos sólo reclaman una cuarta parte más y suelen argumentar de esta forma: “presté un modio que, si lo hubiera sembrado me hubiese producido diez; Acaso no es justo que reciba medio modio más cuando el prestatario por mi liberalidad ha obtenido nueve modios más y la simiente?” “No queráis engañaros —dice el Apóstol— de Dios nadie se ríe” (*Gal* 6, 7). Díganos el usurero misericordioso con breves palabras si dio al que tenía o al que no. En el primer caso, no le hubiera debido prestar; pero si le prestó porque no tenía; por qué le exige más, como si lo tuviera? Otros por el dinero que prestan suelen recibir dones de diverso género y no entienden que es, en todo caso, usura y superabundancia recibir más de lo que presentaron o dieron...” (*Lc.* 6, 18, 5-6).

10. Concluyendo nuestra inspección sobre la época patristica, y la doctrina que entonces enseñaban los Padres sobre la usura, llegamos a *San Agustín*. No tiene el acento dramático de *Ambrosio*, *Juan Crisóstomo*, *Basilio*. ¿Quizás porque la situación económica de *Hipona* lo acuciaba menos? Pero no es menos clara su condena de toda avaricia, como también del préstamo a interés. Escribien-

do en *“De Genesi ad litteram (L 11, 15, 19-20)*, filosofa según su estilo sobre la avaricia. En el comentario al *Sermón de la Montaña (L 1, 20, 67-68)*, trata sobre las palabras de Jesús sobre “prestar sin volver la espalda al que te pide”. Aludiendo al *Sal 14, 5*, aprovecha la ocasión, no sólo para condenar la usura, sino para enseñar el valor de prestar sin interés “prestándole a Dios”.

“Se dice en otro lugar: “Que no dio su dinero a usura” (*Ps 14, 5*). Creo que los mismos avaros se dan cuenta de cuán detestable, odiosa y execrable es la usura. Por lo contrario, Dios, que te prohíbe ser usurero te manda que le prestes con usura a El mismo. Si esperas un interés cuando prestas al hombre, cuando das prestado a Dios no tendrás esperanza nunca? Si prestas a los hombres, es decir, si les das dinero en mutuo, pretendes recibir algo más de lo que diste; no dinero sólo, sino algo más, ya algo de trigo, o de vino, o de aceite, o de cualquier otra cosa. Pero si esperas recibir más de lo que diste, eres usurero y mereces reprobación, no alabanza. ¿Qué haré, dices, para que preste lícitamente con ventaja? Mira lo que hace el usurero. Da menos y recibe más. Haz eso tú: da poco y recibe mucho. Considera cuánto puede aumentar tu préstamo. Da lo temporal, recibe lo eterno. Da lo terreno, recibe lo celestial. Pero acaso preguntas: ¿a quién prestaré? El mismo Señor que te manda no prestar con usura, quiere que le prestes a El. Escucha a la Escritura, que te dice cómo puedes prestar a Dios. “Da prestado a Dios —dice— quien se complace del pobre” (*Prov 19, 7*). Dios no necesita nada de ti, pero hay otros que sí precisan que los ayudes: lo que das a estos lo recibe Dios” (*Enn Ps, Sermón 3, 6, Ps 36*).

En sus sermones puede advertirse la misma preocupación pastoral de todos los grandes Padres de inculcar a sus fieles el horror a la explotación de la necesidad ajena mediante la usura: “Da al hombre y no te apartes del que te pide un préstamo. Mas recibe únicamente lo que prestaste. No aflijas al que le diste (exigiéndole grandes intereses) porque pierdes el mérito. Y si quizá aún no puede pagar el deudor lo mismo que se le dio o recibió, espera al que no tiene. Cuando tuviere te lo devolverá. No quieras ser causa de su angustia, tú que le libraste de ella. He aquí que exiges se te pague lo que diste, pero no tiene con qué pagarte; cuando tenga te lo devolverá. No exclames diciendo: ¿acaso pido usura? Exijo lo que dí, no quiero recibir más. Es una obra buena pero aún no puedo pagarte. No eres usurero y, sin embargo, pretendes que aquel a quien prestaste lo busque para pagar tu deuda. Si no exiges interés para que no se te tenga por usurero, por qué quieres que por ti otro sea tenido por usurero? Aunque sólo le exijas lo que le diste le ahogas, y de este modo en lugar de hacerle un beneficio la acarreas mayores angustias. Pero acaso replicas: “Tiene de dónde pagarme. Venda la casa que tiene o sus posesiones”. Cuando recurrió

a ti, te pidió prestado para no venderlas; que no lo tenga que hacer por ti aquel a quien ayudaste para que no lo hiciera. Así deben ser tratados los hombres, eso es lo que quiere Dios” (*Sermón 239, 5*).

MONS. CARMELO GIAQUINTA  
Obispo Auxiliar de Viedma  
(Río Negro)